

TARDE I.

LOS CELOS

Triste de aquel que al rigor
De los furibundos celos,
Le someten los desvelos
Del mal entendido honor.
Poseido del furor
De pasion tan insensata,
De sangre y venganzas trata,
Sueña delitos, traiciones,
Y á temerarias acciones
Su necio mal le arrebatá.

Habíanse reunido nuestros amigos bajo el emparrado con ánimo de oír leer algo instructivo, y ya Palemon tenía abierto en las manos el libro para empezar, cuando llamaron á la puerta, y entró en la posesion Mr. Serein, vecino de aquellas inmediaciones, acompañado de una caterva de chiquillos de diferentes edades y sexos.

Apénas entró corrió á abrazar á Palemon : Amigo mio, le dijo, vengo á daros parte de mi alegría y del suceso mas extraordinario que puede jamas ocurrir. — ¿ Qué hay, amigo mio ? interrumpió Palemon : ¿ quiénes son esas bellas criaturas que os acompañan ? — Justamente eso es lo que vengo á participaros. Ya sabéis que soy viudo y sin hijos ; pues ahora el cielo acaba de hacerme un magnífico regalo. Ya soy como un padre de una nume-

rosa familia muy digna de ser amada. — Ea pues, sentaos todos, y sepamos esa historia maravillosa. — Pues escuchadme.

Historia del viaje de los cinco niños americanos.

Ya sabeis, amigo, que nací en este país, donde mi padre fué excelente labrador. Tenia yo un hermano, que desde muy jóven sentó plaza, pasó á nuestras islas, y no volvió á Francia. Por muerte de mi padre me hallé en posesion de su hacienda, que cultivé con esmero. Me casé despues y murió mi esposa sin haberme dejado sucesion. Resolví no volver á casarme, y gozaba una vida tranquila cuando, habrá dos años, recibí una carta de mi hermano, en que me decia que hacia mucho tiempo que se habia establecido en la isla de Santo Domingo, donde se hallaba con cinco hijos de tierna edad. Mucho placer me causó esta noticia; y respondí á mi hermano, que agradecia á Dios el no haberme vuelto á casar para poder socorrer á su familia, á la cual dejaria todos mis bienes; y que me escribiese si algo necesitaba.

No me contestó; y apenas pensaba en él, cuando anoche, al tiempo que iba á acostarme, llamaron á mi puerta. Todas mis gentes estaban ya durmiendo, por lo que pregunté: ¿quién llama? — Nosotros, me respondió una voz delicada. — Nosotros, dije, no es decir nada. Sin embargo abrí, y quedé atónito de ver cinco niños que me preguntaron si yo era Mr. Serein. Díjeles que sí y al instante saltaron á abrazarme llamándome su amado tío. — ¿Cómo tío? les dije aturdido; y Carlota que es la mayor, aunque solo tiene once años, me respondió: Nosotros somos hijos de vuestro hermano Claudio Serein: hemos quedado sin padre ni madre, y venimos á implorar el favor de nuestro tío. — ¿Es posible?... vosotros hijos de... ¡pobre hermano mio!... ¿conque ha muerto?... — Sí, señor. — Ea pues, contadme cómo ha sucedido.

La muchacha al instante me presentó la carta que yo habia escrito á mi hermano, ofreciéndole todos mis auxilios; y solo con este fundamento se ha atrevido á venir y traerme sus hermanos. Lloraba y estaba muy cansada; todos los cinco tenian un famoso apetito. Desperté á mi ama de gobierno, y le mandé diese de cenar á estas graciosas criaturas: cuando hubieron satisfecho la necesidad que tenian, dije á Carlota que me refriese sus aventuras, y ella lo hizo con una ingenuidad que me encantó. No quiero que las repita, porque su lenguaje tal vez sería poco entendido de

vuestros hijos. Lo haré yo y oiréis una historia bien rara, y las particularidades del viaje de mis americanitos; pero, para mejor inteligencia, es preciso tomar la relacion desde muy atras.

Mi hermano Claudio Serein, despues de haber servido en la marina, y obtenido su licencia, se estableció en la isla de Santo Domingo. Allí se casó, y tuvo cinco hijos, dos varones y tres hembras. Pero viendo que no prosperaba en esta isla, pasó al Cabo, donde puso tienda de comerciante en cables y todo género de cordaje. Educaba allí pacíficamente á su familia, cuando trastornándose todo en las colonias, se verificó el famoso incendio del Cabo, y arruinó un gran número de familias. Mi hermano y su esposa, que fueron víctimas de este accidente, con temor del aspecto que presentaban las cosas, enviaron todos sus hijos á casa de una amiga, que vivia solitaria á orillas del mar; pero ellos no se atrevieron á abandonar su casa, asilo que les fué muy fatal, pues perecieron entre el fuego y las ruinas de su albergue, y su amiga dió esta funesta noticia á los tristes huérfanitos. ¡Que fatalidad para estas inocentes criaturas! Carlota se acordó de que antes de la separacion, su padre le habia confiado una cartera con varios papeles para que la conservase: procuró examinarlos, y entre ellos halló la carta que yo habia escrito á mi hermano; en ella estaban especificadas las señas del lugar de mi residencia; y al punto formó el atrevido proyecto de venir en busca de su tío, juntamente con sus cuatro hermanos. Participó su resolucion á la amiga de sus padres, añadiendo en cuanto á mí, que no podia ménos de tomarlos bajo mi proteccion. La buena mujer en vano procuró disuadirla de semejante empresa; dijole: Hija mia, considera que para viajar se necesitan dineros y conocimientos, y tener mucha mas edad de la que tú tienes. — No importa, respondió Carlota, yo reemplazaré á mi madre en cuanto pudiere respecto de mis hermanos, y particularmente de Jacinto que es el de menor edad, y necesita mas cuidado que los otros. Verdad es que no tengo dinero; pero todos los buenos corazones se interesarán en nuestra desgracia, y nos ayudarán. Dejadme hacer amiga mia; yo soy muy niña, pero tengo mas valor del que pensáis.

Dijo Carlota estas palabras con tanta energía, que casi tranquilizó la inquietud de aquella buena mujer, que como era pobre no podia favorecer á Carlota sino muy escasamente. Le puso por delante los peligros del mar, la precision de atravesar casi toda la Francia, y otros mil inconvenientes; pero Carlota continuó infle,

xible en su resolución. En consecuencia, una mañana, acompañada de sus hermanitos, fué á echarse á los piés del encargado del gobierno frances en el Cabo. Le expuso su intencion, y aquel caballero, enternecido, le dijo que volviera al dia siguiente. Carlota fué exacta; y el encargado la dijo: ¿Conque absolutamente, hija mia, estáis determinada á partir? — Sí, señor. — Pues bien, presentaos al instante en el navío *Invencible* que está en el puerto; preguntad por el capitán Verville, y entregadle este billete; ya le he hablado, y aun he pagado por vos los gastos de travesía. — ¿Qué decís, señor? ¿es posible que os deba tanto favor? — Me habéis interesado mucho: tomad estas monedas, que podrán proporcionaros algun alivio en el navío.

Carlota tomó el dinero y el billete, dió la gracias á aquel hombre generoso, y trasportada de alegría volvió á casa á despedirse de su amiga. Esta buena mujer le dió un luis de oro, encargándole que lo economizara mucho; luego la abrazó llorando, y suplicando al cielo que protegiese con particular asistencia á la inocente familia.

Carlota tomó en los brazos á su hermano menor: los otros la siguieron, y llegó al puerto, donde preguntó por el capitán Verville. — ¿Qué le queréis? — Nos ha de llevar á Francia. Se echaron á reír y no la hicieron caso; pero ella, á fuerza de investigar, halló al capitán, el cual, leído que hubo el billete, tomó la mano á Carlota, diciéndole: Venid, querida; ya sé lo que deseáis; habéis hecho muy bien en no tardar, porque ya iba á hacerme á la vela. El capitán llegó al navío rodeado de muchachos, á los que colocó solos en un camarote, y al punto se hizo al mar. Ya se hallaba Carlota embarcada, y llena de alegría veía alejarse de sus ojos aquella tierra de dolor que no presentaba sino las vastas ruinas que para siempre cubren los preciosos restos de sus padres. Este recuerdo le hizo llorar, y á su ejemplo lloraban tambien sus hermanos; conocia Carlota que debia consolarlos é inspirarles firmeza; enjugó sus lágrimas y las de sus hermanitos, tomó á Jacinto en brazos, y procuró hacerle reír para distraer á los otros. Este tierno cuadro llamó la atención de todos los pasajeros; rodeaban á Carlota y la examinaban; ella respondia con ingenuidad, y recibia mil regalos. El capitán le enviaba lo sobrante de su mesa, y todos los llenaban de caricias y beneficios. Carlota, en efecto, se manejó en toda la travesía como una madre de familia; repartia la correspondiente ración á sus hermanos; los hacia acos-

tar y levantar á determinadas horas; cuidaba de su ropa, los aseaba y dirigia.

En tan dilatado viaje, la pobre Carlota tuvo el sentimiento de ver enfermar peligrosamente á tres de sus hermanos: duplicó su actividad, pasó junto á ellos las noches, é imploró el auxilio de los físicos del navío, que correspondieron caritativamente á sus ruegos. Restableciéronse los muchachos; pero Carlota pagó el tributo al mar: enfermó, aunque no por eso dejó de velar y atender en cuanto pudo á sus hermanos, y decia que solo temia morir por haber de dejarlos abandonados.

En fin, despues de muchos trabajos, el navío entró en el puerto del Oriente; y el capitán, que tenia que atender á muchos negocios, desembarcó á nuestros americanitos, diciéndoles que ya estaban en Francia, y no tenian mas que marchar adonde quisieran. Carlota tuvo cuidado de darle mil gracias por sus favores; y lo mismo hizo con todos los compañeros de su viaje, los cuales, de comun acuerdo, le dieron una suma de dinero. Carlota al punto procuró proveerse de medias y zapatos para sí y sus hermanos; y luego se puso en marcha tomando la dirección de todos los pasajeros. Quería ir á Paris, persuadida de que en esta gran ciudad le indicarian mas fácilmente la residencia de su tío. Andaba tres ó cuatro leguas al dia á pié, que es bastante; y cuando conocia que los muchachos estaban cansados, los hacia descansar tres ó cuatro dias en cualquier paraje. Nunca caminaba sino de dia; y al acercarse la noche se refugiaban en el primer albergue, pagando alguna cosa porque la admitieran, aunque fuese en el establo; y cuando le preguntaban adónde iba, respondia: Voy en busca de mi tío Claudio Serein: ¿le conocéis?

Reíanse al oirla, y muchas veces los posaderos tenian la humanidad de recogerla, y aun darle de cenar de balde. En cuanto á la comida, la hacian caminando, y comiendo pan y algun poco de fruta ó queso. Diéronle viruelas á Jacinto en Rennes; pero este incidente, lejos de desanimarla, excitó mas su actividad. Llevó á su hermanito al hospital, y le recomendó al cuidado de los directores; le visitaba dos veces al dia, y le cuidaba con el mayor esmero. Cuando el niño estuvo sano, le tomó en sus brazos y volvió á continuar su camino. Entre Alenzon y Mortagne le ocurrió un suceso que estuvo á pique de arruinarla. Entró en una posada á pedir albergue, segun lo acostumbraba, y quedó atónita de no hallar mas que un hombre bastante bien vestido, y toda la casa trastornada. Era muy de dia y el camino pasajero. El posabaro,

que estaba de mal humor, la trató con aspereza, por lo que se puso á llorar, diciéndole que era cosa muy cruel que tratase así á unos pobres huérfanos que no tenían mas auxilio que el de las almas sensibles y generosas. El posadero, algo enternecido, se puso á mirarla, y luego le dijo : Pues bien, acomodaos donde podiereis ; pero no contéis ni con un pedazo de pan, porque aquí nada tengo.

Carlota, que siempre llevaba de reserva algunas provisiones, no le pidió mas que el simple albergue : y contenta de haberlo hallado, subió con su familia y entró en el primer cuarto que encontró abierto. Permaneció allí ; y llegada la noche bajó á preguntar al posadero si le incomodaba que hubiese ocupado aquella estancia. Respondiéndole que no, pero muy encolerizado ; tembló la pobre muchacha al oírle, y le pesó haber entrado en esta casa ; pero ya era muy tarde para buscar otra, con que le fué forzoso detenerse allí. Hizo acostar á sus hermanos, y ella se decidió á no dormir en toda la noche, porque un oculto presentimiento le decía que sucedería alguna cosa extraordinaria en aquella casa.

Estaba la luna en su tercer cuarto, tiempo en que este astro no resplandece sino hácia la una de la mañana. Carlota, que hasta este punto había oído subir, bajar, abrir y cerrar puertas y ventanas, se había mantenido en acecho de todo lo que ocurría ; vió en el patio al posadero muy agitado, dando patadas y señales de una absoluta desesperacion ; y sin poder contenerse le dijo : ¿ Qué tenéis, amigo ? ¿ puedo serviros en algo ? — ¿ Cómo ? ¿ no dormis ? — No por cierto. — Tanto peor ; pues retiraos y dejadme en paz : cuando quisierais salir, hallaréis la llave de la puerta colgada en este pilar.

¿ Qué significa esto, dijo para sí Carlota asustada, cuando quisiere salir ?... Pues qué, ¿ no se abre esta posada temprano como las demas ? Muy agitada esperó á que amaneciese ; ya no oía ruido alguno, mas no por eso calmaba su inquietud. Apenas vió las primeras luces del día despertó á sus hermanos, los hizo vestir apresuradamente, y salió con ellos para huir de esta casa donde no había podido reposar. No conocía Carlota lo interior del edificio, y atravesó muchos cuartos abiertos sin dar con la escalera ni hallar huésped alguno ; lo que la causó la mayor confusion. Empujó una puerta... ¡ cielos ! ¡ qué horroroso espectáculo se ofreció á su vista ! ¡ una mujer llena de puñaladas y bañada en su sangre ! Gritó Carlota, y aguijó su jóven familia, temiendo experimentar la misma suerte. Halló la escalera, bajó al patio... ¡ oh terror ! al atravesar por delante de la cocina vió al infeliz posadero que es-

taba ahorcado. ¡ Qué infernal caverna es esta ! Carlota se animó, tomó la llave del lugar indicado por el posadero, abrió la puerta, y vió entrar una multitud de gentes armadas, y como conduciéndolas un hombre con trazas de cocinero, que exclamó : ¡ Veamos si el infeliz ha atentado contra sus días !

Hallaron en efecto el cadáver del posadero y el de la mujer asesinada, y arrestaron á los muchachos para examinarlos. Carlota no pudo decir sino lo que había visto : le preguntaron, y de su interrogatorio y de las conversaciones que oía infirió que el posadero, celoso de su criado, le despidió el día anterior, así como á todos sus dependientes ; que luego había asesinado á su mujer, y despues se había quitado la vida. Este criado era el conductor de la justicia ; juró que su ama estaba inocente, que su marido era un insensato, y que por esto, temiendo alguna locura de su parte, había acudido, aunque tarde, á la justicia, la cual conociendo la inocencia de Carlota la despidió, y la triste se llenó de regocijo al apartarse de este lugar de horror y espanto. El suceso la había asustado tanto, que aquel día no pudo andar sino muy poco, y se retiró temprano á una posada, bien contra toda su voluntad, porque desde el lance referido desconfiaba de esta especie de albergues, y cuando no tenía otro arbitrio, buscaba para pasar la noche las posadas mas concurridas. Nada particular la sucedió hasta Paris, donde entró con su comitiva con buena salud. Es imposible concebir cómo esta pobre muchacha, con cuatro hermanitos, ha podido hacer tan dilatado viaje, sin mas recurso que el de cinco ó á lo mas seis luises ; y ciertamente que ha observado un orden y economía admirables. En fin, se hallaba en Paris ; pero aun no estaba en casa de su tío, y el dinero se le había acabado. Se aseguró de las señas de mi residencia, y quedó atónita cuando le dijeron que tenía que volver atras. Necesitaba volver á Versailles, y de allí tomar á la izquierda el camino de Chartres. La muchacha hasta este punto había tenido valor ; pero viéndose obligada á viajar de nuevo, y careciendo absolutamente de medios, se puso á llorar amargamente. ¿ Qué tienes, querida ? la preguntó una señora que la había instruido de lo que tenía que hacer. Carlota le refirió sus desgracias y la ocasion de su viaje, de lo que quedó la señora tan compadecida, que le dió doce libras. Un poco sosegada con este socorro, volvió á ponerse en camino, y á fuerza de preguntar á cuantos encontraba, llegó como os he dicho á mi casa ayer casi á média noche. ¡ Qué paciencia, amigos míos, y qué resolucion !... ¡ Andar á pié cerca de ciento cincuen-

ta leguas !... ¡ casi siempre precisada á traer en sus brazos á su hermanito, de cuyo peso rara vez la aliviaban los demas ! ¡ Ved lo que ha hecho esta muchacha ! y todo para hallar un tio á quien no conocia, y que podia ser de carácter duro, y darla, como suele decirse, con la puerta en los ojos ; porque, á la verdad, cinco muchachos son una carga que pocos admitirian ; pero me es muy grata la nueva familia que me envía el cielo ; y aun seria preciso tener un corazon de acero para no interesarse por tan desgraciadas criaturas. Sí, yo los adopto ; serán mis hijos, Carlota los cuidará, y gobernará tambien mi casa, porque es menester confesar que descubre talento para ello. ¿ Qué os parece, amigos míos ? ¿ Miráis á esta admirable niña con ojos llenos de lágrimas de ternura ? Sí, miradla, y contempladla bien. Cuando considero que esos pobres niños llegaron á mi casa sin zapatos, con sus delicados piés hinchados y heridos por las espinas y agudas piedras, sobre las cuales han caminado, y que en medio de tantas fatigas disfrutaban la salud mas robusta, me admiro, me aturdo, me pasma..... Perdonad mi entusiasmo, acaso toco en la exageracion ; pero mi corazon rebosa de contento, y el dia de la llegada de estos niños á mi casa le miro como el mas feliz de mi vida. Yo seré su padre, y cumpliré con todas las obligaciones de tal, pues de lo contrario seria el hombre mas inicuo del universo.

Calló Serein, y todos los hijos de Palemon, que miraban á Carlota como á un ente extraordinario, la estrecharon amorosamente en sus brazos. Tambien acariciaron á los demas hermanitos, particularmente al tierno Jacinto, que en su cortisima edad daba esperanzas de un feliz discernimiento. Cosa rara, dijo Leon, seria ver viajar á pié cinco muchachos tan pequeños : os harian muchas preguntas en todos los lugares donde os deteniais. — Infinitas. — Y todos se interesarian en vuestra suerte ¿ no es así ? — No por cierto ; la mayor parte de los que me preguntaban, me oian, me miraban y me volvian la espalda. Casi todos se reian de mí, y con raros gestos daban á entender que habia hecho mal en exponerme así á las contingencias de tan largo camino. Sin embargo, algunas personas me ofrecian conducirme, porque tenian que hacer el mismo camino ; pero yo nunca quise asociarme con otros. No sé por qué razon me asustaba esto : ademas me impedia el arreglo de horas y el orden que yo observaba con mis hermanos. No me faltaba resolucion, y nada temia. Solo me aterró el lance del posadero, y creo que si esto me hubiera sucedido en la ciudad donde desembarcámos, quizá no habria tenido aliento para llegar

á Paris. Pero, en fin, me hallo bien recompensada de tantas penas con el amor de un tio tan bueno ; soy feliz, y lo son tambien mis hermanos : ¿ no es verdad ? Manuela, Teresa, Joaquin ¿ qué decis ?

Los tres saltaron al cuello del buen Serein, que lloró de ternura al verse tan acariciado por estos niños. Palemon, á quien habia penetrado tan inesperada escena, hizo disponer una abundante merienda, que se despachó alegremente. Despues se retiró Serein con su familia, diciendo ántes á Palemon : á Dios, vecino mio ; yo sé que sois buen padre, y que os gustan mucho los muchachos ; por eso me he tomado la libertad de presentaros los míos, y tal vez cansaros con una relacion tan prolija. — Amigo mio, respondió el anciano, me habéis complacido sobremanera ; bien sabéis que no puede serme indiferente nada de cuanto diga relacion á la buena moral y educacion de los jóvenes. Os doy mil gracias por vuestra visita, y suplico que la reiteréis muchas veces en compañía de vuestra preciosa familia.

Prometióselo Serein, y se llevó su tierna compañía, que á la verdad necesitaba descansar algunos dias para reponerse de tantas fatigas. Palemon y sus hijos en el resto de la tarde comentaron los hechos de la historia de Carlota, no pudiendo ménos de detenerse largo espacio, al llegar al triste suceso del mesonero, á considerar los funestos efectos de la furiosa pasion de los celos, acerca de lo cual Palemon les hizo las juiciosas reflexiones que le sugirió su amor de buen padre.